

**Malaventuras de un economista heterodoxo**  
**La experiencia de Jan Toporowski**

**Mario Arrubla**



**I.A. EDITOR, USA**

Malaventuras de un Economista Heterodoxo  
La Experiencia de Jan Toporowski / Mario Arrubla  
Noviembre 2017, USA



© 2021, I.A. EDITOR, USA  
Diseño y edición: Inés Arrubla  
Todos los derechos reservados

## Malaventuras de un economista heterodoxo

### La experiencia de Jan Toporowski

-- Mario Arrubla --

*"It is difficult to get a man to understand something,  
when his salary depends upon him not understanding it."  
[Es muy difícil hacer que un hombre entienda algo  
cuando su salario depende de que no lo entienda].*  
Upton Sinclair

Paul Krugman, en sus columnas del New York Times, cita muchas veces la frase en epígrafe, por ejemplo a propósito de los *think tanks* financiados con dineros del petróleo –a menudo patrocinados por el Partido Republicano– que favorecen el mercado libre y niegan la existencia de un problema climático. O cuando polemiza con economistas defensores de las políticas de austeridad que los países más poderosos y las instituciones financieras internacionales les imponen a los países ahogados en deudas –políticas que deprimen a las economías endeudadas y reducen así su capacidad de pago, a semejanza de lo que ocurría en épocas pasadas con el encarcelamiento por deudas.

Esa conexión entre las ideas de un escritor y sus condiciones salariales, y más en general con sus perspectivas de éxito profesional, fue descubierta de manera dolorosa e insospechada por el economista inglés Jan Toporowski a raíz de un artículo que publicó a mediados de los ochenta en el *Financial Times*

–con ocasión de la crisis de la deuda del Tercer Mundo– bajo el título de “Por qué la economía mundial necesita un crack financiero”. El artículo fue reeditado hace poco, después de la crisis de 2008, como parte del último libro de Toporowski sobre temas financieros: *Why the World Economy Needs a Financial Crash and Other Critical Essays on Finance and Financial Economics*. En asuntos mundanos Toporowski denota una ingenuidad nada extraña en personas consagradas al saber. Al comienzo del libro relata en estos términos su malhadada experiencia:

“Ese artículo tuvo un efecto devastador en mi carrera: fui puesto en la lista negra de las instituciones financieras de la City [el Wall Street londinense]. La pérdida de mi empleo significó serias tensiones y dificultades para mi joven familia [dos hijos infantes]. Cambió también el curso de mi desarrollo intelectual y transformó mi actitud frente a las discusiones de política y teoría que se suponía eran el vehículo para el progreso de la razón en economía y política. El artículo fue escrito en la creencia de que, en contraste con la situación del escritor en un régimen autoritario, vivimos en una democracia intelectual en la cual las ideas y los análisis son evaluados por sus méritos. La publicación de mi artículo significó para mí un punto de inflexión que me hizo comprender que el campo de las ideas es un terreno de luchas de grupos que compiten por poder o detentan el poder”.

Veamos brevemente las principales ideas de ese artículo desastroso para la carrera (y la familia) de Jan Toporowski. Toporowski empieza afirmando la validez de los análisis de Rosa Luxemburgo (“La Acumulación de Capital”) sobre las finanzas internacionales, señalando que su lectura sería de mucha utilidad para los banqueros y financieros de la City londinense (el Wall Street de Inglaterra). Habla Rosa Luxemburgo de los grandes planes de desarrollo en territorios coloniales (ferrocarriles, puertos, canales, etcétera) financiados con ventas de acciones o préstamos internacionales tramitados a través de la City. A menudo los costos de las obras superaban ampliamente lo calculado, razón por la cual los préstamos resultaban insuficientes, las obras se paraban, y todo el proyecto entraba en quiebra. El crack financiero podía circunscribirse al

proyecto (el Canal de Suez, el Canal de Panamá, digamos) o podía propagarse al mundo financiero. Las quiebras suprimían las deudas, pero las obras en cuestión, de las cuales siempre quedaban restos en pie, con el tiempo eran reiniciadas por nuevos proyectistas financieros. Cada vez que una gran obra era paralizada, los activos de los rentistas –acciones y acreencias– perdían su valor, y la evaporación intermitente de las deudas a cargo del proyecto aliviaba las perspectivas futuras para la reanudación de los trabajos –y la expansión continuada del capitalismo en las regiones atrasadas. Esos grandes proyectos de construcción jalonados por quiebras abrían las regiones atrasadas al capitalismo, y animaban las actividades financieras dentro de los mismos países desarrollados.

Posteriormente, se concibieron nuevos métodos de despejar de deudas el horizonte para la acumulación de capital. Uno de esos métodos descritos por Toporowski es la inflación, que castiga a los rentistas al desvalorizar la corriente de sus ingresos, mientras que, por otra parte, con el alza general de precios, mantiene el valor de los obras para el beneficio de sus propietarios finales: bancos y fondos de inversión. Pero, desde las últimas décadas del siglo XX, el poder de los mercados financieros sobre los gobiernos impide a éstos adelantar políticas inflacionarias que reduzcan el valor real de las acumulaciones monetarias de los financieros y la corriente de intereses por sus acreencias. Hoy los estados, so pena de ser castigados con altos intereses por los financieros, privilegian el freno a la inflación sobre cualquier otra consideración –digamos el problema del desempleo.

Con la hipertrofia de las finanzas y el consiguiente aumento del poder de los rentistas, la inflación y otros métodos de enfrentar los excesos de deuda – como tasas bajas de interés– encontraron su límite. Tal fue el caso de la crisis de la deuda de los países del Tercer Mundo, que estalló en los ochenta. Esta vez, no hubo modo de apelar a la vieja solución de arruinar a los rentistas financieros. Esos rentistas eran los grandes bancos internacionales y sus acreedores –los países exportadores de petróleo que habían entregado sus acumulaciones de dólares principalmente a los grandes bancos neoyorkinos

para que fueran ellos quienes las colocaran y las explotaran de la manera más rentable. Los países no quiebran, fue la frase optimista de algún ideólogo, sentencia que los banqueros tomaron a la letra, menos por ingenuidad que por intuir que si la frase resultaba falsa el problema sería de tal magnitud que el gobierno estadounidense tendría que venir al quite. (Dentro del ubicuo principio del llamado riesgo moral, ese es el juego más importante en capitalismo: financieros e inversionistas hacen grandes apuestas sabiendo que, si fallan, es el estado –representante en este caso de la sociedad en su conjunto– el que carga con las consecuencias). Los grandes bancos neoyorquinos emprendieron el gran negocio de prestar a los países latino-americanos los dineros confiados a ellos por los países petroleros, embolsándose la diferencia entre los intereses pagados y los cobrados. Pero debieron enfrentarse a la desagradable refutación de la referida sentencia: desde 1982, México, luego Brasil, Polonia, anunciaron que no podían cumplir con el pago de sus deudas extranjeras. Como en esas circunstancias los bancos más importantes de Estados Unidos quedaban legalmente en quiebra (era más lo que adeudaban a sus acreedores, los exportadores de petróleo, que los activos reales con que contaban –los préstamos al Tercer Mundo, ahora convertidos en activos desvalorizados–, se dio una situación en algún grado parecida a la de 2008: que el sistema financiero, pilar fundamental del orden capitalista, estaba en peligro. Los rentistas comprometidos en la crisis de la deuda latinoamericana –los bancos más poderosos y sus acreedores– tenían que ser salvados a cualquier costo. El Fondo Monetario Internacional fue llamado para que prestara una ayuda de emergencia, pero sus recursos eran insuficientes. Los bancos –Citibank, J.P. Morgan, Chase Manhattan, entre otros– presionaron al gobierno de Estados Unidos para que tomara a su cargo la búsqueda de una solución. (En tiempos de crisis, los capitalistas no tienen problema en olvidar esta otra sentencia, cara a los radicales del libre mercado: El estado no es la solución; el estado es el problema). James Baker, Secretario del Tesoro estadounidense, logró un acuerdo para que las deudas latinoamericanas fueran reprogramadas –montos, intereses, plazos– y que de esa manera no figuraran en la contabilidad de los bancos como

préstamos perdidos. Logró además que el Fondo Monetario y varios bancos internacionales hicieran nuevos préstamos a los países deudores, de manera que éstos pudieran reiniciar el servicio de la deuda –cumplir al menos con el pago de intereses. Ese programa de rescate, organizado por el Fondo, condicionaba los nuevos préstamos a la adopción, por parte de los países pobres endeudados, de políticas que iban a deprimir sus economías. Los bancos acreedores recibían algún alivio, pero la crisis producida en la economía de los países deudores no podía ser superada de esa manera. Vinieron después, a finales de los ochenta, las medidas del Secretario del Tesoro Nicholas Brady, que refinanciaban las deudas latinoamericanas con recursos generados por la emisión de bonos (títulos de deuda pública) de la Tesorería estadounidense. El gobierno de Estados Unidos venía así al rescate de su sistema bancario (financiando a los países deudores para que pagaran a los bancos). De esa manera, y con la llegada en los noventa de capitales extranjeros bajo el esquema neoliberal (esquema impuesto por presiones de orden monetario y financiero, tanto más eficaces cuanto que se aplicaban a países debilitados por la “década perdida” de los ochenta), el problema de la deuda latinoamericana pasó por fin a un segundo plano.

La idea del artículo de Toporowski que tanto iba a costarle personalmente era que la acumulación capitalista constituía un proceso comandado por el sector financiero, y que una característica inherente a ese proceso era ser jalonado por auges y caídas, y muy particularmente por la creación de un volumen excesivo de deudas, que en algún momento debían ser suprimidas –a través de quiebras, de inflación, o con la ayuda de dineros públicos. (En las viejas civilizaciones del Medio Oriente, jubileos periódicos, digamos cada 50 años, suprimían todas las deudas existentes). Luego de quedar desempleado y de sufrir diversos contratiempos por falta de canales de publicación (escribió más tarde un ensayo sobre el dinero en tiempos de globalización, pero los editores que tenían el propósito de publicarlo fueron cambiados, y los que vinieron desecharon el escrito), Toporowski fue capaz de convertir sus malaventuras en motivación intelectual. Desde 1986, año de su primer artículo, ha

escrito cuatro libros y muchos artículos en libros colectivos y en revistas. (Señalemos que debió abandonar su carrera de empleado financiero y terminó encontrando refugio en la academia). Todo su trabajo ha estado dirigido a profundizar en la esencia de las finanzas. Como concluyó en alguno de sus libros: en una era de hipertrofia financiera (“financierización”), la finanza financia las finanzas, significando que los capitales acumulados por los inversores, pero sobre todo prestados a ellos por los bancos, se invierten de preferencia en negocios financieros (especulaciones con monedas, bonos, acciones, títulos de hipotecas, compromisos de compraventa, y otros múltiples “derivativos”), más bien que en la llamada economía real, de bienes de uso. Como reza el título de ese primer artículo, que es también el de su último libro: *Por qué la Economía del Mundo Necesita una Crisis Financiera*, Toporowski concluyó que los cracks eran necesarios y recomendables dentro del orden existente, con todo y el terrible costo que representaban para una parte de los capitalistas y para el grueso de la población trabajadora: parálisis de las actividades económicas, desempleo, caídas salariales, reducción de los servicios sociales del gobierno – austeridad. Aunque Toporowski daba por sentado que el capitalismo tendía por naturaleza a producir problemas de excesos de deuda, y que un crack era la manera más expedita de eliminar esos excesos, pensaba que una nueva crisis apenas afectaría la fachada del sistema. Esa idea, también ingenua, iba a ser corregida por la experiencia de 2008 cuando, por decisión del estado, el grueso de la sociedad –clases medias y clases populares– hubo de poner el hombro para evitar el derrumbe del edificio entero de las finanzas.

Volviendo al artículo de marras, Toporowski no dice de manera clara cómo respondió para sí mismo la pregunta que se hizo durante años: ¿Por qué su artículo había resultado tan chocante para los banqueros y financieros que le habían dado empleo, y que después lo echaron a la calle y lo pusieron en sus listas negras? Siguiendo el orden de figuración en el artículo, anotemos brevemente los que suponemos fueron los pecados que el mundo financiero inglés le cobró tan rudamente:



- El título mismo del artículo: que el mundo económico necesitaba un crack.
- La recomendación de la lectura de Rosa Luxemburgo a los banqueros y financieros de la City (!).
- La presentación del curso intermitente de quiebras en la construcción de grandes obras como modelo del proceso de desarrollo y acumulación de capital.
- La aplicación parcial de ese modelo al problema de la deuda del Tercer Mundo en los ochenta.
- La consideración de las crisis como fenómenos inevitables y, más aún, recomendables con vistas a resolver los atascos del capitalismo por excesos inmanejables de deuda.